

¿En qué trabajan los francmasones?

Artículo de Jean Dumonteil, Venerable Maestro de la Logia de Investigación de la ALIANZA

¿En qué trabajan los francmasones? En transmitir. Pero ¿qué queda de esta transmisión iniciática en el siglo XXI? A finales del siglo XX, el agotamiento de una cierta forma de masonería se hizo evidente. Este fue especialmente el caso de la masonería de la sociabilidad y la notabilidad que irrigaba la vida social en las ciudades estadounidenses. Algunos no dudaron en predecir la pura y simple desaparición de la masonería en Estados Unidos. Hoy, el número de miembros ciertamente ha disminuido, pero los líderes masónicos estadounidenses informan de un resurgimiento de una práctica nueva, más espiritual y exigente, con fundamentos más cercanos a lo que vivimos en Europa.

También en Francia observamos un desplazamiento de las placas tectónicas masónicas. Silenciosamente, la corriente espiritual tradicional crece más rápido en número de miembros que las obediencias llamadas societales o liberales. El papel de la masonería como laboratorio de ideas de la República se desvanece, y su imagen se apaga. El humanismo positivista es a menudo visto retrospectivamente como una forma de antropocentrismo político de influencia. El colapso de las grandes ideologías, los caminos equivocados tomados por mentes ilustradas imbuidas de humanismo, han llevado a una gran humildad. Nadie se atrevería hoy a afirmar, como lo hizo Marcelin Berthelot en 1887, que "el universo ya no guarda ningún misterio".

Cito a Pierre Chevallier: "Querer que los masones pertenecientes a este siglo dejen de serlo cuando están en sus templos, o desear que la Orden recupere su ideal medieval — es una buena intención, pero ¿es realmente posible?"

¿Cómo podemos atrevernos a hablar de tradición cuando actualmente somos productos de una sociedad moderna que ha sufrido un cambio civilizatorio en las últimas décadas? Debemos atrevernos a hablar de ella precisamente porque las cuestiones esenciales permanecen, y el hedonismo predominante de las multitudes solitarias abre un abismo a nuestras ansiedades permanentes que una vaga nostalgia no puede llenar. Esta es la triste constatación que Antoine de Saint-Exupéry expresó en una célebre carta escrita en 1943: "Solo hay un problema, uno solo en todo el mundo. Devolver a los hombres un sentido espiritual, preocupaciones espirituales (...). No se puede vivir de neveras, política, balances y crucigramas, ¡compéndanlo! Ya no se puede. Ya no se puede vivir sin poesía, color o amor. (...) Debemos hablar absolutamente a la humanidad."

No nacimos en una de esas sociedades tradicionales descritas por los etnólogos.

Nuestra visión del mundo, el conocimiento adquirido desde la escuela primaria hasta la universidad, incluso nuestra educación religiosa o espiritual, permanecen ajenos a los procesos tradicionales hasta nuestro encuentro con la masonería — si esta es capaz de transmitir una enseñanza sobre lo esencial y lo último, y si el recién iniciado es capaz de recibirla.

¿En qué trabajan los francmasones? En transmitir. El hombre del siglo XXI vive en una sociedad de la información que confunde información, conocimiento y comprensión. La comprensión pertenece al orden de la experiencia íntima y profunda. Abarca todas las dimensiones del hombre — sensorial, racional y espiritual. A diferencia del desarrollo personal de moda, la dimensión colectiva está en el corazón de la experiencia masónica; es una fraternidad de peregrinaje compartido. En la masonería no hay gurú — es el grupo, la logia, quien "inicia". El ideal de fraternidad es saber que la comprensión no

puede existir sin el amor. La única fraternidad que vale la pena perseguir para los masones es trabajar como hermanos al servicio de la fraternidad universal. Una fraternidad limitada solo a los masones sería una fraternidad de secta, de tribu — una contradicción total del ideal masónico, que lo desfigura y ha causado gran daño a la reputación moral de la masonería.

Nuestra relación con el silencio, el tiempo y la muerte

Las referencias están cambiando, y ciertos aspectos de la experiencia iniciática adquieren una nueva importancia. Nos hemos cuestionado la importancia del silencio en la experiencia masónica, haciendo eco de lo que nuestros contemporáneos viven en una relación con el ruido desconocida para generaciones anteriores: un ambiente sonoro permanente con música grabada y portátil, información continua en los canales de televisión, música de ascensor que busca convertirnos en robots, impedirnos oír y ver — una cobertura para la fealdad de un mundo profanado, sumido en una excitación permanente. Como si, en este ruido profano, ya no hubiera nada que escuchar. El hombre moderno cree saberlo todo, y no sabe nada. Nuestra época cree poder expulsar el silencio tal como creyó poder expulsar la muerte.

¿Palabra perdida, o silencio perdido? Para redescubrir la palabra, el hombre del siglo XXI debe primero redescubrir el silencio. No hay otro camino. El silencio es angustiante para quienes no lo conocen. El aprendizaje del silencio pertenece al orden del conocimiento, de la experiencia, de una disciplina que permite su conquista. Entonces, el sinónimo de silencio ya no es el vacío o la nada, sino que se convierte en plenitud, calma y serenidad.

Esta es precisamente la fuerza del método masónico, de esta pedagogía a través del grupo, a través de los hermanos reunidos en logia, de pedir al nuevo aprendiz que guarde silencio — no simplemente privarlo de la palabra. El oído, el único sentido activo en la primera parte de la iniciación, es hermano del silencio. El silencio se ha convertido en un elemento constitutivo de la dimensión espiritual de nuestro enfoque y del ritmo del ritual.

La riqueza de la masonería reside en esta doble característica: fidelidad a la tradición y trabajo de emancipación. La primera no es una fidelidad pasiva, un arcaísmo de religión primitiva que aplastaría a sus seguidores; es una herramienta para comprender el mundo que nos reconcilia con la idea de trascendencia. La segunda es constitutiva de la responsabilidad del hombre, donde el conocimiento supera a la creencia. ¿Cómo interiorizar esta doble dimensión del tiempo cíclico y el tiempo de la construcción, del proyecto?

¿Cómo vivir la tradición en la sociedad técnica moderna, tan prosaica, donde todo se quiere de inmediato, donde creemos haberlo entendido todo porque hemos leído algo en línea o visto en televisión una presentación de un tema que pretende explicarlo todo sobre todo? La transmisión es una infusión lenta, donde el conocimiento solo es auténtico si se interioriza mediante la experiencia vivida. La masonería es una escuela de paciencia y humildad.

¿En qué trabajan los francmasones? En transmitir. Tratando de ser dignos de la promesa del camino a recorrer en fraternidad. Esforzándonos por estar a la altura de las expectativas de las generaciones más jóvenes, en una fidelidad emancipadora.

Así digo yo.